



**KAREN
ARMSTRONG**

**LA GRAN
TRANSFORMACIÓN**

**LOS ORÍGENES DE
NUESTRAS TRADICIONES
RELIGIOSAS**

PAIDÓS

KAREN ARMSTRONG

LA GRAN TRANSFORMACIÓN

Los orígenes de nuestras tradiciones religiosas

Traducción de Ana Herrera

Título original: *The Great Transformation*, de Karen Armstrong
Publicado originalmente en inglés, en 2006, por Alfred A. Knopf, Nueva York/Toronto

1.^a edición, 2007

1.^a edición en esta presentación, octubre de 2018

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Karen Armstrong, 2006

© de la traducción, Ana Herrera, 2007

© de todas las ediciones en castellano,

Espasa Libros, S. L. U., 2007

Avda. Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona, España

Paidós es un sello editorial de Espasa Libros, S. L. U.

www.paidos.com

www.planetadelibros.com

ISBN 978-84-493-3495-5

Fotocomposición: Lozano Faisano, S. L.

Depósito legal: B. 18.697-2018

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

Impreso en España – *Printed in Spain*

Sumario

Lista de mapas y planos	9
Agradecimientos	11
Introducción	13
1. Los pueblos axiales (c. 1600 a 900 AEC)	23
2. Ritual (c. 900 a 800 AEC)	83
3. Kenosis (c. 800 a 700 AEC)	131
4. Conocimiento (c. 700 a 600 AEC)	183
5. Sufrimiento (c. 600 a 530 AEC)	237
6. Empatía (c. 530 a 450 AEC)	283
7. Preocupación por todos (c. 450 a 398 AEC)	339
8. Todo es uno (c. 400 a 300 AEC)	397
9. Imperio (c. 300 a 220 AEC)	451
10. El camino hacia delante	497
Glosario	539
Bibliografía	551
Índice analítico y de nombres	569

CAPÍTULO 1

Los pueblos axiales (c. 1600 a 900 AEC)

El primer pueblo en buscar una espiritualidad de la era axial fue el de los pastores que vivían en las estepas del sur de Rusia, y que se llamaban a sí mismos «arios». Los arios no formaban un grupo étnico diferenciado, de modo que ese término no era racial, sino más bien una afirmación de orgullo, y significaba algo así como «noble» u «honorable». Los arios eran una red dispersa de tribus que compartían una cultura común. Como hablaban una lengua que formaría la base de diversos idiomas asiáticos y europeos, se les llamó también «indoeuropeos». Habían vivido en las estepas caucásicas desde hacía unos 4.500 años, pero, hacia la mitad del tercer milenio, algunas de las tribus empezaron a vagar cada vez más y más lejos, hasta que alcanzaron lo que ahora es Grecia, Italia, Escandinavia y Alemania. Al mismo tiempo, los arios que se habían quedado atrás en las estepas gradualmente se fueron apartando y se convirtieron en dos pueblos separados, que hablaban diferentes formas de la lengua original indoeuropea. Uno de estos dialectos era el avéstico y el otro una forma primitiva de sánscrito. Sin embargo, ambos podían mantener contactos, porque en aquella fase sus lenguas todavía eran muy parecidas y hasta el 1500 más o menos continuaron viviendo juntos, pacíficamente, compartiendo las mismas tradiciones culturales y religiosas.¹

Llevaban una vida muy tranquila y sedentaria. Los arios no podían viajar mucho, porque el caballo todavía no se había domesticado, de

1. Mary Boyce, *Zoroastrians: Their Religious Beliefs and Practices*, 2.^a ed., Londres y Nueva York, pág. 2; Peter Clark, *Zoroastrians: An Introduction to an Ancient Faith*, Brighton y Portland, Oregón, 1998, pág. 18.

modo que sus horizontes se veían limitados por las estepas. Cultivaban sus tierras, cuidaban sus rebaños de ovejas y cabras y sus cerdos, y valoraban la estabilidad y la continuidad. No eran un pueblo guerrero, ya que, aparte de unas pocas escaramuzas entre ellos o con grupos rivales, no tenían enemigos ni ambición por conquistar nuevos territorios. Los arios experimentaban una fuerza invisible en su interior y en todo lo que veían, oían y tocaban. Las tempestades, vientos, árboles y ríos no eran fenómenos impersonales y mecánicos. Los arios sentían afinidad con ellos, y los reverenciaban como divinidades. Humanos, deidades, animales, plantas y fuerzas de la naturaleza, todos eran manifestaciones del mismo «espíritu» divino, que los avésticos llamaban *mainyu* y los hablantes de sánscrito *manya*. Éste los animaba, sostenía y ligaba a todos entre sí.

A lo largo del tiempo, los arios desarrollaron un panteón más preciso. En una etapa muy primitiva, habían adorado a un Dios del Cielo al que llamaban Dyaus Pitr, creador del mundo.² Pero, como otros Dioses Excelsos, Dyaus era tan remoto que finalmente fue reemplazado por dioses más accesibles, que se identificaban plenamente con las fuerzas naturales y cósmicas. Varuna preservaba el orden del universo; Mitra era el dios de la tormenta, el trueno y la lluvia que da la vida; Mazda, señor de la justicia y la sabiduría, estaba vinculado con el sol y las estrellas, e Indra, un guerrero divino, había luchado contra un dragón con tres cabezas llamado Vritra y había impuesto orden sobre el caos. El fuego, que era crucial para la sociedad civilizada, también era un dios, y los arios lo llamaban Agni. Agni no era simplemente el patrón divino del fuego, sino que era el propio fuego, que ardía en todos los hogares. Hasta la planta alucinógena que inspiraba a los poetas arios era un dios llamado Haoma en avéstico y Soma en sánscrito: era un sacerdote divino que protegía a la gente de la hambruna y cuidaba el ganado.

Los arios avésticos llamaban a sus dioses *daevas* («los brillantes») y *amesha* («los inmortales»). En sánscrito esos términos eran *devas* y *amrita*.³ Ninguno de esos seres divinos, sin embargo, era lo que normalmente llamaríamos «dioses» hoy en día. No eran omnipotentes y no tenían un control absoluto sobre el cosmos. Como los seres humanos y

2. Mircea Eliade, *Patterns of Comparative Religion*, Londres, 1958, págs. 66-68 (trad. cast.: *Tratado de historia de las religiones*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1990).

3. Boyce, *Zoroastrians*, págs. 9-11.

las fuerzas naturales, ellos tenían que someterse al orden sagrado que unía y ligaba a todo el universo. Gracias a ese orden las estaciones se sucedían unas a otras a su debido tiempo, la lluvia caía en el momento adecuado y las cosechas crecían cada año en el mes prefijado. Los arios avésticos llamaban a ese orden *asha*, mientras que los hablantes de sánscrito lo llamaban *rita*. Hacía posible la vida, manteniéndolo todo en el lugar adecuado y fijando lo que era verdadero y correcto.

La sociedad humana también dependía de aquel orden sagrado. Las personas tenían que establecer acuerdos firmes y vinculantes sobre los derechos de pastos, la cría de ganado, el matrimonio y el intercambio de bienes. Traducido a términos sociales, el *asha/rita* significaba lealtad, veracidad y respeto, y los ideales encarnados por Varuna, guardián del orden, y Mitra, su ayudante. Esos dioses supervisaban todas las cláusulas de los acuerdos, que se sellaban mediante un solemne juramento. Los arios tomaban la palabra pronunciada muy en serio. Como todos los restantes fenómenos, la palabra era un dios, un *deva*. La religión aria no era muy visual. Por lo que sabemos, los arios no hacían efigies de sus dioses. Por el contrario, encontraban que el acto de escuchar les llevaba más cerca de lo sagrado. Aparte de su sentido, el propio sonido de un cántico ya era sagrado, una sola sílaba incluso podía contener lo divino. De forma similar, una promesa, una vez pronunciada, vinculaba eternamente, y una mentira era la maldad absoluta, porque pervertía el poder sacro inherente a la palabra hablada.⁴ Los arios nunca perderían su pasión por la veracidad absoluta.

Cada día, los arios ofrecían sacrificios a sus dioses para reabastecer las energías que se gastaban manteniendo el orden del mundo. Algunos de esos ritos eran muy sencillos. El que realizaba la ofrenda arrojaba un puñado de grano, requesón o combustible al fuego para nutrir a Agni, o trituraba unos tallos de soma, ofrecía la pulpa a las diosas del agua y hacía luego una bebida sagrada. Los arios también sacrificaban ganado. La cosecha no era suficiente para sus necesidades, de modo que matar era una necesidad trágica, pero los arios sólo comían carne que se había matado de forma ritual y humana. Cuando un animal era entregado ceremonialmente a los dioses, su espíritu no se extinguía, sino que volvía a Geush Urvan («Alma del Toro»), el animal doméstico arquetípico. Los arios se sentían muy próximos a su ganado. Era pe-

4. *Ibid.*, pág. 8.

cado comer la carne de algún animal que no hubiese sido consagrado de esa forma, porque la matanza profana lo destruía para siempre, y por tanto violaba la vida sagrada que emparentaba a todas las criaturas.⁵ Los arios no perderían nunca su profundo respeto por el «espíritu», que compartían con otros seres, y esto se convertiría en principio básico de su era axial.

Arrebatarse la vida de cualquier ser era un acto terrible, que no se podía tomar a la ligera, y el ritual sacrificial obligaba a los arios a enfrentarse con esta dura ley de la existencia. El sacrificio era y seguiría siendo el símbolo organizador de toda su cultura, mediante la cual explicaban el mundo y su sociedad. Los arios creían que el mismo universo se había originado en una ofrenda sacrificial. Al principio, se decía, los dioses, trabajando en obediencia al orden divino, habían creado el mundo en siete etapas. Primero crearon el *cielo*, que estaba hecho de piedra, como una enorme concha redonda; luego la *tierra*, que descansaba como un plato plano encima del *agua* que quedaba recogida en la base de la concha. En el centro de la tierra, los dioses colocaron a tres criaturas vivas: una *planta*, un *toro* y un *hombre*. Finalmente, produjeron Agni, el *fuego*. Pero al principio todo estaba estático, sin vida. El mundo sólo quedó animado cuando los dioses realizaron un triple sacrificio, aplastando la planta y matando al toro y al hombre. El sol empezó a moverse en el cielo, se establecieron los cambios estacionales y las tres víctimas sacrificiales crearon su propia progenie. Flores, cosechas y árboles brotaron de la planta aplastada; los animales surgieron del cadáver del toro, y el cuerpo del primer hombre dio nacimiento a la raza humana. Los arios siempre veían el sacrificio como algo creativo. Reflexionando sobre este ritual, se dieron cuenta de que sus vidas dependían de la muerte de otras criaturas. Las tres criaturas arquetípicas habían entregado sus vidas para que otros pudiesen vivir. No habría progreso, ni material ni espiritual, sin autosacrificio.⁶ Éste también se convertiría en uno de los principios de la era axial.

Los arios no tenían santuarios ni templos especiales. El sacrificio se ofrecía al aire libre, en un pequeño trozo de tierra separado del resto del asentamiento mediante un surco. Las siete creaciones originales quedaban representadas simbólicamente en aquel espacio sagrado: la

5. Yasht 48: 5.

6. Boyce, *Zoroastrians*, págs. 11-12.

tierra en el suelo, el agua en las vasijas, el fuego en el hogar, el cielo de piedra estaba presente en el cuchillo de pedernal, la planta en los tallos de soma aplastados, el toro en la víctima, y el primer hombre en el sacerdote. Y los dioses, según se creía, también se hallaban presentes. El sacerdote *hotr*, experto en cánticos litúrgicos, cantaría un himno para convocar a los *devas* al festín. Después de entrar en la zona sagrada, los dioses se sentaban en la hierba recién cortada y repartida en torno al altar para escuchar los himnos de alabanza. Como el sonido de esas sílabas inspiradas era un dios en sí mismo, a medida que la canción llenaba el aire y entraba en su conciencia, la congregación se sentía rodeada y penetrada por la divinidad. Finalmente, se repetía el sacrificio primordial. Se mataba la res, se aplastaba el soma (o bebida sagrada) y el sacerdote arrojaba las porciones más selectas de la víctima al fuego, de modo que Agni pudiese conducirlos a la tierra de los dioses. La ceremonia concluía con una comunión santa, en la que sacerdote y participantes compartían un festín de carne con las deidades, se comían la carne consagrada y se bebían el soma embriagador, que parecía elevarles a otra dimensión del ser.⁷

El sacrificio también tenía beneficios prácticos. Era encargado por un miembro de la comunidad que esperaba que los *devas* que habían respondido a su invitación y asistido al sacrificio le ayudarían en el futuro. Como cualquier acto de hospitalidad, el ritual obligaba a las divinidades a responder del mismo modo, y el *hotr* a menudo les recordaba que debían proteger la familia, las cosechas y los rebaños del patrocinador. El sacrificio también mejoraba el estatus del patrocinador en la comunidad. Como los dioses, sus huéspedes humanos estaban ahora en deuda con él, y al proporcionar el ganado para el festín y dar un hermoso regalo a los sacerdotes que oficiaban, había demostrado que era un hombre importante. Los beneficios de la religión eran puramente materiales y mundanos. La gente quería que los dioses les proporcionasen ganado, riquezas y seguridad. Al principio, los arios no habían albergado esperanza alguna de vida eterna, pero a finales del segundo milenio algunos empezaban a creer que la gente rica que ha-

7. Thomas J. Hopkins, *The Hindu Religious Tradition*, Belmont, California, 1971, pág. 14.

8. Gavin Flood, *An Introduction to Hinduism*, Cambridge y Nueva York, 1996, pág. 44 (trad. cast.: *El hinduismo*, Madrid, Cambridge University Press, 1988); John Keay, *India: A History*, Londres, 2000, pág. 32.

bía hecho muchos sacrificios sería capaz de reunirse con los dioses en el paraíso, después de la muerte.⁹

Esa vida lenta, sin acontecimiento alguno, llegó a su fin cuando los arios descubrieron una tecnología moderna. Hacia 1500 habían empezado a comerciar con las sociedades más avanzadas del sur del Cáucaso en Mesopotamia y Armenia. Aprendieron a fabricar armas de bronce de los armenios y también encontraron nuevos métodos de transporte: primero adquirieron las carretas de madera tiradas por bueyes, y luego los carros de guerra. Una vez que aprendieron a domesticar a los caballos salvajes de las estepas y a engancharlos a sus carros, experimentaron la alegría de la movilidad. A partir de entonces pudieron viajar largas distancias a gran velocidad. Con sus armas superiores, pudieron llevar a cabo ataques relámpago en los asentamientos vecinos y robar ganado y cosechas. Aquello era mucho más emocionante y lucrativo que criar ganado. Algunos de los hombres más jóvenes empezaron a servir como mercenarios en los ejércitos de los reinos del sur y se convirtieron en expertos en el manejo de los carros. Cuando volvieron a las estepas, dieron uso a sus nuevas habilidades y empezaron a robar el ganado de sus vecinos. Mataban, saqueaban y pillaban, aterrorizando a los arios más conservadores, que se sentían asombrados, espantados y totalmente desorientados al notar que sus vidas habían dado un vuelco.

La violencia iba en aumento en las estepas, como nunca había ocurrido antes. Incluso las tribus más tradicionales, que sólo pedían que las dejaran en paz, tuvieron que aprender las nuevas técnicas militares para defenderse. La edad heroica había comenzado. La voluntad era ley; los caudillos buscaban el lucro y la gloria, y los bardos celebraban la agresión, el valor indómito y las proezas militares. La antigua religión aria predicaba la reciprocidad, el sacrificio y la amabilidad con los animales. Aquello ya no atraía a los ladrones de ganado, cuyo héroe era el dinámico Indra, el matador de dragones, que avanzaba en un carro por encima de las nubes del cielo.¹⁰ Indra era ahora el modelo divino

9. Boyce, *Zoroastrians*, págs. 12-15.

10. Eliade, *Patterns in Comparative Religion*, págs. 188-189; Norman Cohn, *Cosmos, Chaos and the World to Come: The Ancient Roots of Apocalyptic Faith*, New Haven y Londres, 1993, págs. 94-95 (trad. cast.: *El cosmos, el caos y el mundo venidero. las antiguas raíces de la fe apocalíptica*, Barcelona, Crítica, 1995); Boyce, *Zoroastrians*, págs. xiv-xv, 19.

al que aspiraban los asaltantes. «¡Héroes con nobles caballos, ansiosos de batalla, guerreros elegidos que me aclamáis en el combate —grita-ba—, yo, el pródigo Indra, agito los conflictos, remuevo el polvo, Señor del inigualable vigor!»¹¹ Cuando luchaban, mataban y robaban, los jinetes arios se sentían unidos a Indra y a los agresivos *devas* que habían establecido el orden del mundo por la fuerza de las armas.

Pero los arios avésticos, más tradicionales, se sentían horrorizados por la agresión desnuda de Indra, y empezaban a tener dudas acerca de los *devas*. ¿No serían violentos e inmorales? Los acontecimientos de la tierra siempre reflejaban acontecimientos cósmicos en el cielo, de modo que, razonaron, aquellos ataques terroríficos debían de tener un prototipo divino. Los ladrones de ganado, que luchaban bajo el estandarte de Indra, podían ser sus equivalentes terrestres. Pero ¿quiénes serían los *levas* que atacaban en el cielo? Los dioses más importantes (como Varuna, Mazda y Mitra, los guardianes del orden) recibían el título honorífico de «señor» (*abura*). Quizá los pacíficos *aburas*, que se identificaban con la justicia, la verdad y el respeto por la vida y la propiedad, estuviesen también siendo atacados por Indra y los *devas* más agresivos. Ésa fue, en cualquier caso, la explicación de un sacerdote visionario que hacia 1200 aseguró que Ahura Mazda le había encargado el restablecimiento del orden en las estepas.¹² Su nombre era Zoroastro.

Cuando recibió su vocación divina, el nuevo profeta tenía unos 30 años de edad y estaba fuertemente enraizado en la fe aria. Probablemente había estudiado para el sacerdocio desde que tenía 7 años, y estaba tan avezado en la tradición que podía improvisar cánticos sagrados a los dioses durante el sacrificio. Pero Zoroastro se sentía profundamente alterado por los ataques al ganado, y, después de completar su educación, pasó un cierto tiempo en consulta con otros sacerdotes, y meditó sobre los rituales para encontrar una solución al problema. Una mañana, mientras celebraba el festival de primavera, Zoroastro se levantó al amanecer y bajó al río a tomar agua para el sacrificio diario. Al ir vadeándolo, se sumergió en el puro elemento y, cuando emergió, vio a un ser resplandeciente que estaba de pie junto a la orilla. Este ser le dijo que su nombre era Vohu Manah («Buen Pro-

11. Rig Veda, 4.42.5, en *The Rig Veda*, Nueva York, 1992.

12. Cohn, *Cosmos, Chaos and the World to Come*, pág. 77; Boyce, *Zoroastrians*, pág. xiii; Clark, *Zoroastrians*, pág. 19.

pósito»). Una vez que se hubo asegurado de las buenas intenciones de Zoroastro, le condujo a la presencia del mayor de los *ahuras*: Mazda, señor de la sabiduría y la justicia, que estaba rodeado por su séquito de siete dioses radiantes. Éste le dijo a Zoroastro que debía movilizar a su pueblo en una guerra santa contra el error y la violencia.¹³ La historia se iluminaba con las promesas de un nuevo comienzo. Una nueva era había comenzado: todo el mundo debía tomar una decisión, tanto los dioses como los hombres. ¿Estaban del lado del orden o del mal?

La visión de Zoroastro le convenció de que el señor Mazda no era simplemente uno de los grandes *ahuras*, sino que era el Dios Supremo. Para Zoroastro y sus seguidores, Mazda ya no era inmanente en el mundo natural, sino que se había convertido en trascendente, diferente de algún modo a todas las demás divinidades.¹⁴ No había todavía monoteísmo, la creencia en un único dios. Los siete seres luminosos del séquito de Mazda (los Santos Inmortales) también eran divinos: cada uno de ellos expresaba uno de los atributos de Mazda, y estaba ligado, de la forma tradicional, con una de las siete creaciones originales. Sin embargo, había ya una tendencia monoteísta en la visión de Zoroastro. El señor Mazda había creado a los Santos Inmortales; todos formaban «una sola mente, una voz, una acción» con él.¹⁵ Mazda no era la única deidad, pero sí fue la primera en existir. Zoroastro probablemente había llegado a esa conclusión después de meditar sobre la historia de la creación, que aseguraba que en el principio había una planta, un animal y un ser humano. Era lógico asumir que originalmente había, pues, un solo dios.¹⁶

Pero Zoroastro no estaba interesado en la especulación teológica por sí sola. Estaba enteramente absorbido por la violencia que había destruido el mundo pacífico de las estepas y buscaba con desesperación una forma de acabar con ella. Los Gathas, los diecisiete himnos inspirados, atribuidos a Zoroastro, se hallan dominados por una angustiada vulnerabilidad, por la impotencia y el miedo. «Sé por qué me siento impotente, Mazda —exclamaba el profeta—, yo poseo poco ganado y pocos hombres.» Su comunidad se sentía aterrorizada por los

13. Yasna 43.

14. Clark, *Zoroastrians*, págs. 4-6.

15. Yasna 19: 16-18. Todas las citas de las escrituras zoroastrianas se han tomado de Mary Boyce (ed. y trad.), *Textual Sources for the Study of Zoroastrianism*, Chicago, 1984.

16. Boyce, *Zoroastrians*, págs. 20-23; Cohn, *Cosmos, Chaos and the World to Come*, pág. 81.

atacantes «ligados a los actos malvados para destruir la vida». Guerreros crueles, luchando bajo las órdenes del malvado Indra, habían azotado a aquellas comunidades amantes de la paz, respetuosas de la ley. Habían destrozado y saqueado un asentamiento tras otro, matado a sus habitantes y robado sus toros y vacas.¹⁷ Los asaltantes se consideraban héroes que luchaban junto a Indra, pero los Gathas nos muestran cómo veían sus víctimas aquella época heroica. Hasta la vaca se quejó al señor Mazda: «¿Para quién me creaste? ¿Para quién me moldeaste? La furia y el saqueo, la crueldad y el poder me mantienen cautiva». Cuando el señor Mazda replicaba que Zoroastro, el único ario que escuchaba sus enseñanzas, sería su protector, la vaca no se dejaba impresionar. ¿Para qué le servía Zoroastro? Ella quería que la ayudase alguien más eficaz. Los Gathas gritaban pidiendo justicia. ¿Dónde estaban los Santos Inmortales, los guardianes del *asha*? ¿Cuándo les prestaría socorro el señor Mazda?¹⁸

El sufrimiento y la indefensión de aquel pueblo habían conmocionado a Zoroastro y le habían llevado a una visión desgarrada, conflictiva. El mundo parecía polarizado, dividido en dos campos irreconciliables. Como Indra y los ladrones de ganado no tenían nada en común con el señor Mazda, seguramente debían su fidelidad a un *abura* distinto. Si había una sola fuente divina para todo lo que era benigno y bueno, Zoroastro concluyó que debía de existir también una deidad malvada, que había inspirado la crueldad de los asaltantes. Él creyó que aquel Espíritu Hostil (*Angra Mainyu*) poseía un poder igual al del señor Mazda, pero era su opuesto. Al principio hubo «dos espíritus primigenios, gemelos destinados a estar en conflicto» el uno con el otro. Cada uno había hecho una elección. El Espíritu Hostil había unido su suerte a *druj*, la mentira, y era el epítome de toda maldad. Era el enemigo eterno del *asha*, de todo lo que era justo y verdadero. Pero el señor Mazda había optado por la bondad, y había creado a los Santos Inmortales y a los seres humanos como aliados suyos. Ahora, cada hombre, mujer y niño tenía que hacer la misma elección entre *asha* y *druj*.¹⁹

Durante generaciones los arios habían adorado a Indra y a los otros *daevas*, pero ahora Zoroastro concluyó que los *daevas* debían de haber

17. Yasna 46: 2, 11; 50: 1.

18. Yasna 29: 1-10.

19. Yasna 30.

decidido luchar junto al Espíritu Hostil.²⁰ Los ladrones de ganado eran sus equivalentes terrestres. La violencia sin precedentes en las estepas había provocado que Zoroastro dividiese el antiguo panteón ario en dos grupos beligerantes. Los hombres y mujeres buenos ya no debían realizar sacrificios a Indra y los *daevas*; no debían invitarlos al recinto sagrado. Por el contrario, debían entregarse por completo al señor Mazda, a sus Santos Inmortales y a los demás *ahuras*, que sólo podían darles paz, justicia y seguridad. Los *daevas* y los ladrones de ganado, sus secuaces malvados, debían ser derrotados y destruidos.²¹

Toda la vida se había convertido en un campo de batalla en el que cada uno tenía un papel. Hasta las mujeres y los sirvientes podían realizar una contribución valiosa. Las antiguas leyes de pureza que habían regulado la realización del ritual adquirieron entonces un nuevo significado. El señor Mazda había creado un mundo completamente limpio y perfecto para sus seguidores, pero el Espíritu Hostil había invadido la tierra y la había llenado de pecado, violencia, falsedad, polvo, suciedad, enfermedades, muerte y descomposición. Los hombres y mujeres buenos debían, por tanto, mantener todo su entorno inmediato libre de suciedad y polución. Separando a los puros de los impuros, al bien del mal, liberarían el mundo para el señor Mazda.²² Debían rezar cinco veces al día. El invierno era la estación en que los *daevas* estaban en fase ascendente, de manera que durante ese tiempo las personas virtuosas debían contrarrestar su influencia con la meditación sobre la amenaza del *druj*. Debían levantarse por la noche, cuando los espíritus malignos rondaban por la tierra, y arrojar incienso al fuego para fortalecer a Agni en la guerra contra el mal.²³

Pero ninguna batalla podía durar eternamente. En el mundo antiguo y pacífico, la vida parecía cíclica: las estaciones se sucedían unas a otras, el día sucedía a la noche, la cosecha seguía a la siembra. Pero Zoroastro no podía creer ya en esos ritmos naturales. El mundo avanzaba hacia el cataclismo. Él y sus seguidores vivían en un «tiempo limitado» de furioso conflicto cósmico, pero pronto presenciarían el triunfo final del bien y la aniquilación de las fuerzas de la oscuridad.

20. Yasna 30: 6.

21. Yasna 46: 4.

22. Jamsheed K. Choksy, *Purity and Pollution in Zoroastrianism: Triumph over Evil*, Austin, 1989, págs. 1-5.

23. Boyce, *Zoroastrians*, pág. 32.

Después de una terrible batalla, el señor Mazda y los Inmortales descenderían al mundo de los hombres y las mujeres y ofrecerían sacrificios. Habría un gran juicio. Los malvados serían borrados de la faz de la tierra, y un río de llamas fluiría hasta el infierno y reduciría a cenizas al Espíritu Hostil. Entonces el cosmos se vería restituido a su perfección original. Montañas y valles quedarían nivelados y convertidos en una gran llanura, donde dioses y humanos podrían vivir codo con codo, adorando para siempre al señor Mazda. No habría muerte. Los seres humanos serían como deidades, libres de la enfermedad, la vejez y la mortalidad.²⁴

Ahora ya estamos familiarizados con este tipo de visiones apocalípticas, pero antes de Zoroastro no había existido nada semejante en el mundo antiguo. Todo ello surgió de su rebelión ante el sufrimiento de su pueblo y de su anhelo de justicia. Quería que los malvados fuesen castigados por el dolor que habían infligido a la gente buena e inocente. Pero, a medida que pasaba el tiempo, empezó a darse cuenta de que él no viviría para ver aquellos Últimos Días. Otro vendría tras él, un ser sobrehumano «mejor que un hombre bueno».²⁵ Los Gathas le llamaban el Saoshyant («El que traerá beneficios»). Él y no Zoroastro conduciría las tropas del señor Mazda en la batalla final.

Cuando, siglos más tarde, empezó la era axial, filósofos, profetas y místicos intentaron contrarrestar la crueldad y agresividad de su tiempo promoviendo una espiritualidad basada en la no violencia. Pero la visión traumatizada de Zoroastro, con su imaginería de incendios, terror y exterminación, era vengativa. Su carrera nos recuerda que las turbulencias políticas, las atrocidades y el sufrimiento no producen de manera infalible una fe al estilo axial, pero pueden inspirar una piedad militante que polarice la realidad compleja en categorías excesivamente simplificadas de bondad y maldad. La visión de Zoroastro era profundamente agonística. Ya veremos que el agón («contienda») era un rasgo común de la religión antigua. Al convertir un agón cósmico entre el bien y el mal en el eje central de su mensaje, Zoroastro se alineaba con el antiguo mundo espiritual. Había proyectado la violencia de su tiempo en lo divino, y la había convertido en absoluta.

24. Yasna 44: 15; 51: 9.

25. Yasna 43: 3.

Pero, en su apasionada visión ética, Zoroastro ya preludiaba la era axial. Intentaba introducir una cierta moralidad en el nuevo *ethos* guerrero. Los verdaderos héroes no infundían el terror a las criaturas como ellos, sino que intentaban contrarrestar las agresiones. El guerrero santo estaba dedicado a la paz; aquellos que optaban por luchar por el señor Mazda eran pacientes, disciplinados, valerosos, y prestos a defender a todas las buenas criaturas de los asaltos de los malvados.²⁶ Los *ashavans*, campeones del orden (*asha*), debían imitar a los Santos Inmortales en su cuidado por el entorno. «Buen Propósito», por ejemplo, que se había aparecido a Zoroastro en la orilla del río, era el guardián de la vaca, y los *ashavans* debían seguir su ejemplo y no el de los atacantes, que alejaban al ganado de sus pastos, lo ataban a sus carros, lo mataban y se lo comían sin realizar el ritual adecuado.²⁷ «Buen Dominio», la personificación de la justicia divina, era el protector del cielo de piedra, de modo que los *ashavans* debían usar sus armas de piedra sólo para defender a los pobres y los débiles.²⁸ Cuando los zoroastristas protegían a la gente vulnerable, cuidaban solícitamente su ganado y purificaban su entorno natural, se unificaban con los inmortales y se unían a su lucha contra el Espíritu Hostil.

Aunque su visión estuviese enraizada en la antigua tradición aria, el mensaje de Zoroastro inspiró gran hostilidad. La gente lo encontró demasiado exigente; algunos se escandalizaron al ver que predicaba a las mujeres y a los campesinos, y que creía que todo el mundo, y no sólo la élite, podría alcanzar el paraíso. Muchos se habían visto muy turbados por su rechazo de los *daevas*: ¿no tomaría venganza Indra?²⁹ Después de años de predicar a su propia tribu, Zoroastro consiguió solamente un converso, de modo que dejó su pueblo y encontró un patrocinador en Vishtaspa, jefe de otra tribu, que estableció la fe zoroastriana en su territorio. Zoroastro vivió en la corte de Vishtaspa muchos años, librando un heroico combate contra el mal hasta que llegó su final amargo y violento. Según una tradición, lo mataron unos sacerdotes rivales que se enfurecieron por su rechazo de la antigua religión. No sabemos nada de la historia del zoroastrismo después de su

26. Yasna 29: 33.

27. Yasna 33.

28. Boycc, *Zoroastrians*, págs. 23-24.

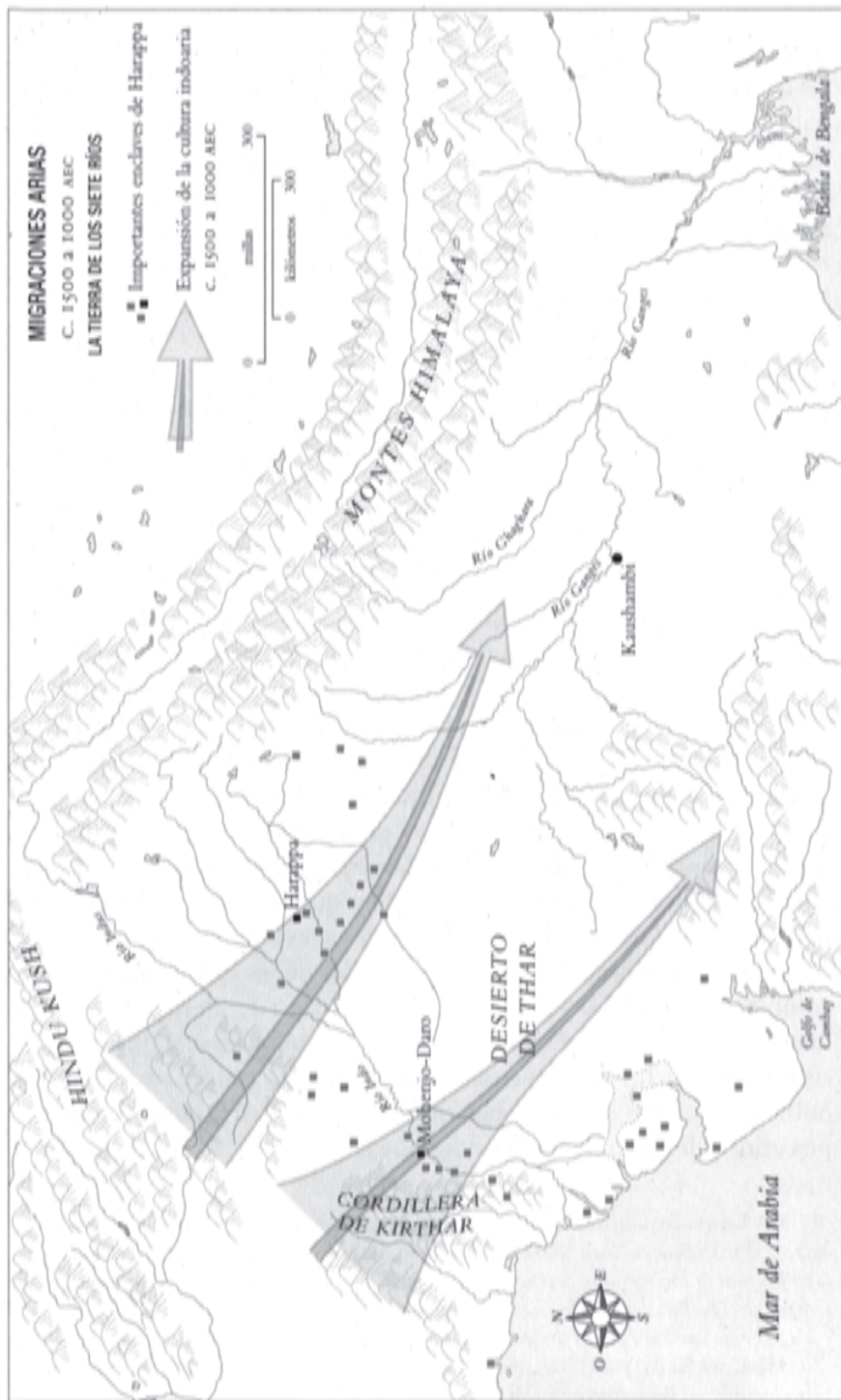
29. *Ibid.*, pág. 30; Cohn, *Cosmos, Chaos and the World to Come*, pág. 78.

muerte. Hacia finales del segundo milenio, los arios avésticos habían emigrado al sur y se habían establecido en el este de Irán, donde el zoroastrismo se convirtió en la religión nacional. Ella ha seguido siendo una religión predominantemente iraní. Pero, extrañamente, fueron los ladrones de ganado arios, a quienes Zoroastro había condenado, quienes finalmente crearon la primera religión estable de la era axial, basada en el principio de la *ahimsa*, la no violencia.

Aunque algunos de los arios de habla sánscrita armaban alboroto en las estepas, otros habían empezado a emigrar hacia el sur, viajando en pequeños grupos a través de Afganistán y estableciéndose al final en las fértiles tierras del Punjab, entre los afluentes del río Indo. Llamaron a su nuevo hogar Sapta-Sindhu, «tierra de los siete ríos». Ha habido mucho debate acerca del asentamiento ario en la India.³⁰ Algunos estudiosos niegan incluso que ello hubiera sucedido, y aseguran que fue el pueblo indígena de la India quien creó la civilización que se desarrolló en el Punjab en aquella época. Los arios no han dejado rastro arqueológico alguno de su período temprano en la India. La suya era una sociedad itinerante, y la gente vivía al aire libre, en campamentos temporales. Nuestras únicas fuentes de información son los textos rituales, compuestos en sánscrito, conocidos colectivamente como Vedas («conocimiento»). El lenguaje de los Vedas es tan parecido al avéstico y sus bases culturales tan parecidas a los Gathas que es casi seguro que se trata de una escritura aria. Hoy en día muchos historiadores aceptan que, durante el segundo milenio, las tribus arias de las estepas en realidad colonizaron el valle del Indo.³¹ Pero no se trató de un movimiento de masas ni de una invasión militar. No existe prueba alguna de lucha, resistencia o destrucción extensa. Por el contrario, parece probable que hubiera continuas infiltraciones en la región por parte de distintos grupos arios, a lo largo de un período muy largo.

30. Edwin Bryant, *The Quest for the Origins of Vedic Culture-The Indo-Aryan Debate*, Oxford y Nueva York, 2001; S. C. Kak, «On the Chronology of Ancient India», *Indian Journal of History and Science*, vol. 22, n.º 3, 1987; Colin Kenfrew, *Archaeology and Language: The Puzzle of Indo-European Origins*, Londres, 1987 (trad. cast.: *Arqueología y lenguaje. la cuestión de los orígenes indoeuropeos*, Barcelona, Crítica, 1990).

31. Keay, India, págs. 5-18; Hopkins, *Hindu Religious Tradition*, págs. 3-10; Flood, *Introduction to Hinduism*, págs. 24-30.



Cuando llegaron los primeros arios, es posible que viesen los restos de una civilización previa en el valle del Indo. En la cima de su poder y éxito (c. 2300—2000) aquel antiguo Imperio Indio había sido más grande que Egipto o Mesopotamia. Tenía dos impresionantes ciudades capitales: en Mohenjo-Daro, en el moderno Sind, y en Harappa, a unos cuatrocientos kilómetros al este. Pero se han excavado también centenares de ciudades más pequeñas, extendidas mil doscientos kilómetros a lo largo del río Indo, y otros mil doscientos a lo largo de la costa arábiga, todas construidas con idéntico modelo de rejilla. La civilización del valle del Indo fue una red comercial poderosa y sofisticada, que exportaba oro, cobre, madera, marfil y algodón a Mesopotamia, e importaba bronce, estaño, plata, lapislázuli y esteatita.

Por desgracia no sabemos casi nada de los harappenses ni de su religión, aunque existen seductores indicios de que algunos cultos religiosos, que resultarían muy importantes tras la era axial, pudieron derivar de la civilización del valle del Indo. Los arqueólogos han encontrado figuritas de diosas madres, lingams de piedra y tres sellos representando una figura sentada, rodeada por animales, en una posición que parece yóguica. ¿Era acaso el dios Shiva? En el hinduismo clásico, Shiva es el señor de los animales y un gran yogui, pero no es una deidad aria, y nunca se menciona en los Vedas sánscritos. En ausencia de alguna prueba sólida, no podemos probar una continuidad. Para cuando llegaron los primeros arios a la región, el Imperio Harappense prácticamente había desaparecido pero podía haber ocupantes de las ciudades en ruinas. Es posible que se entremezclaran e intercambiaran, y alguno de los arios podía haber adoptado elementos de la fe local, mezclándolos con la suya propia.

Los emigrantes arios no tenían ningún deseo de reconstruir las antiguas ciudades y hacer que reviviera el imperio. Siempre en movimiento, despreciaban la seguridad de la vida sedentaria y optaban por el *yoga*, o sea, por colocar el yugo a los caballos y uncirlos a los carros, al principio de un ataque. A diferencia de los zoroastrianos, no tenían ningún interés en una existencia tranquila y pacífica. Les encantaban sus carros de guerra y sus poderosas espadas de bronce; eran jinetes que se ganaban la vida robando el ganado de sus vecinos. Como sus vidas dependían de ello, ese robo de ganado era más que un deporte, era también una actividad sagrada con rituales que le daban una infusión de poder divino. Los arios indios querían una religión dinámica, sus

héroes eran el guerrero errante y el luchador con su carro. Cada vez encontraban los *asuras** adorados por Zoroastro más aburridos y pasivos. ¿Cómo podía sentirse inspirado alguien por un *asura* como Varuna, que sencillamente se quedaba sentado en su palacio celestial, ordenando el mundo desde una distancia segura? Ellos preferían a los aventureros *devas*, «que iban sobre ruedas, mientras los *asuras* se quedaban sentados en las salas de sus casas». ³²

Cuando ellos se establecieron en el Punjab, el culto de Varuna, el jefe *asura*, ya estaba en declive, e Indra se estaba convirtiendo en su lugar en el Dios Supremo. ³³ Con su barba salvaje y abundante, su vientre lleno de soma y su pasión por la batalla, Indra era el ario arquetípico, al cual aspiraban todos los guerreros. Al principio de los tiempos, había arrojado su brillante y mortífero relámpago a Vritra, el dragón de tres cabezas que había bloqueado el flujo de las aguas que portaban la vida, de modo que la tierra estaba agostada por la sequía. De esa manera, Indra había hecho el mundo habitable, librando terroríficas batallas contra poderes muy superiores, y no se había quedado sentado sin energía alguna, en casa, como Varuna. En los textos Védicos, todos los atributos de Varuna (administración de la ley, salvaguarda de la verdad y castigo de la falsedad) pasan a Indra. Pero el hecho incómodo seguía siendo que, a pesar de todo su encanto, Indra no era más que un asesino, que sólo había conseguido derrotar a Vritra mintiendo y engañando. Aquella era la visión violenta y turbulenta de una sociedad constantemente enzarzada en un combate desesperado. Los himnos védicos veían todo el cosmos convulsionado por un conflicto terrorífico y por apasionadas rivalidades. *Devas* y *asuras* luchaban entre sí en los cielos, mientras los arios luchaban por la supervivencia en la tierra. ³⁴ Era una época de escasez, y la única forma de que los arios pudiesen establecerse en el valle del Indo era robando el ganado de las comuni-

* En sánscrito, los *abura* avésticos se convirtieron en *asura*.

32. Shatapatha Brahmana (SB) 6.8.1.1, en J. C. Heesterman, *The Broken World of Sacrifice: An Essay in Ancient Indian Ritual*, Chicago y Londres, 1993, pág. 123.

33. Mircea Eliade, *A History of Religions Ideas* (3 vols.), Chicago y Londres, 1978, 1982, 1985, vol. 1, págs. 200-201 (trad. cast.: *Historia de las creencias y las ideas religiosas* [3 vols.] Barcelona, Paidós, 1999); J. C. Heesterman, «Ritual, Revelation and the Axial Age», en S. N. Eisenstadt (comp.), *The Origins and Diversity of Axial Age Civilizations*, Albany, 1986, pág. 404.

34. Louis Renou, *Religions of Ancient India*, Londres, 1953, pág. 20.

dades indígenas asentadas allí: los equivalentes terrestres de los *asuras*, que se quedaban en casa.³⁵

Los arios eran gente de vida dura, que bebían mucho, que amaban la música, el juego y el vino. Pero, aun en esa etapa primigenia, ellos mostraron genio espiritual. Poco después de llegar al Punjab, una élite ilustrada empezó a compilar los primeros himnos del Rig Veda («Conocimiento en Verso»), la parte más prestigiosa de las escrituras védicas. Una vez completo, se componía de 1.028 himnos, divididos en diez libros. Era sólo una pequeña parte de un vasto corpus literario, que incluía antologías de canciones, mantras (fórmulas breves en prosa usadas en los rituales) e instrucciones para su recitación. Todos estos textos y poemas habían sido inspirados; eran *shruti*, «aquello que ha sido oído». Revelados a los grandes profetas (*rishis*) de la antigüedad, eran totalmente autorizados y sin marca alguna de redacción humana, divinos y eternos.

Algunos himnos del Rig Veda podían, ciertamente, ser muy antiguos, porque, por el tiempo en que las tribus arias llegaron a la India, su lenguaje resultaba ya arcaico. Los poemas eran propiedad de un pequeño grupo de siete familias sacerdotales, cada una de ellas con su propia colección «autenticada», que cantaban durante los rituales sacrificiales. Los miembros de la familia aprendían de memoria los himnos y los transmitían oralmente a la generación siguiente; el Rig Veda no estaba destinado a ser escrito hasta el segundo milenio de la era común. Desde el advenimiento de la literatura, nuestra capacidad memorística ha disminuido mucho, y ahora nos parece difícil creer que existiera alguien capaz de aprenderse unos textos tan largos. Pero las escrituras védicas fueron transmitidas con impecable precisión, aun después de que el sánscrito arcaico llegase a resultar casi incomprendible, y hoy en día todavía se siguen preservando los acentos y las inflexiones tonales de una lengua original perdida hace mucho tiempo, junto con los gestos rituales prescritos de brazos y dedos. El sonido siempre ha sido sagrado para los arios, y, cuando escuchaban aquellos textos sagrados, las gentes se sentían invadidas por lo divino. Al confiarlos a la memoria, sus mentes quedaban llenas de presencias sagradas. El «conocimiento» védico no era la adquisición de información objetiva, sino que se experimentaba como una posesión divina.

35. J. C. Heesterman, *The Inner Conflict of Tradition: Essays in Indian Ritual, Kingship and Society*, Chicago y Londres, 1985, págs. 85-87.

Los poemas del Rig Veda no cuentan historias coherentes sobre los dioses ni dan descripciones claras de los rituales sacrificiales, sino que aluden de una forma velada y enigmática a mitos y leyendas que resultaban ya familiares a la comunidad. La verdad que intentaban expresar no se podía transmitir mediante un discurso claro y lógico. El poeta era un *rishi*, un vidente. No se había inventado aquellos himnos. Éstos se le habían manifestado en visiones que parecían proceder de otro mundo.³⁶ El *rishi* podía ver las verdades y establecer conexiones que no resultaban aparentes para las personas corrientes, pero se le había concedido el talento necesario para comunicarlas a cualquiera que supiera escuchar. La belleza de esta poesía inspirada conmovía a su público y lo sumía en un estado de tal sobrecogimiento, maravilla, temor y deleite que se sentían tocados directamente por el poder divino. El conocimiento sagrado de los Vedas no venía sencillamente del sentido semántico de las palabras, sino de su sonido, que era en sí mismo un *deva*.

La verdad visionaria del Rig Veda seducía al auditorio, que escuchaba cuidadosamente el significado oculto de las paradojas y las extrañas alusiones enigmáticas de los himnos, que unían entre sí cosas que parecían no tener relación alguna. A medida que escuchaban se sentían en contacto con la misteriosa potencia que mantenía unido el mundo. Ese poder era *rita*, orden divino traducido al habla humana.³⁷ A medida que el *rishi* enunciaba las sílabas sagradas, el *rita* se hacía carne y se convertía en una realidad activa y viviente en el mundo desgarrado y conflictivo del Punjab. Los oyentes sentían que estaban en contacto con el poder que hacía que las estaciones se sucedieran unas a otras de forma regular, que las estrellas siguieran su curso, que las cosechas crecieran y que permitía a los elementos dispares de la sociedad humana adquirir una cohesión. La escritura, por tanto, no transmitía una información que se pudiese adquirir de forma teórica, sino que daba a la gente un conocimiento intuitivo que actuaba como puente para unir las dimensiones visible e invisible de la vida.

36. Jan Gonda, *The Vision of the Vedic Poets*, La Haya, 1963, págs. 14-23.

37. Renou, *Religions of Ancient India*, págs. 10, 16-18; Michael Witzel, «Vedas and Upanishads», en Gavin Flood (ed.), *The Blackwell Companion to Hinduism*, Oxford, 2003, págs. 70-71; Heesterman, «Ritual, Revelation and the Axial Age», pág. 398.

Los rishis aprendieron a mantenerse en un estado de constante disposición para recibir palabras inspiradas que parecían venir del exterior, pero que también se experimentaban como una voz interior. Quizás hubiesen empezado ya a desarrollar técnicas de concentración que les permitían penetrar en el subconsciente. Descubrieron que, si se liberaban de las preocupaciones habituales que les distraían, «las puertas de la mente se podían abrir»,³⁸ y que Agni, el inventor de los discursos brillantes, la luz del mundo, les permitía ver de la misma manera que un dios. Los *rishis* habían puesto ya los cimientos para la era axial hindú. En aquellas fechas tan tempranas habían hecho un esfuerzo deliberado para ir más allá del conocimiento empírico e intuir una verdad más profunda y fundamental.

Y, sin embargo, los *rishis* representaban sólo una minoría ínfima de la comunidad aria. Los guerreros y asaltantes vivían en un mundo espiritual completamente distinto. Sus vidas transcurrían entre el pueblo (*grama*) y la selva (*aranya*). Durante las lluvias del monzón, tenían que vivir una existencia similar a los *asura* en campamentos improvisados y temporales. Pero, después del solsticio de invierno, uncían sus caballos y sus bueyes y partían hacia la jungla para proseguir con un nuevo ciclo de asaltos, con el fin de reabastecer la riqueza de la comunidad. La oposición entre zona habitada y selva se convirtió en un paradigma social y espiritual en la India.³⁹ Cada una de esas realidades complementaba a la otra. Los habitantes de la comunidad establecida proporcionaban cosechas y alimentaban al ganado que necesitaban los guerreros; sin embargo, temían constantemente los ataques de las bandas de ladrones de ganado, que vagaban por las afueras de la sociedad. La selva tropical era el lugar donde el guerrero probaba su valor y exploraba lo desconocido. Más tarde, durante la era axial, los eremitas se retirarían a la selva para abrir el camino hacia el reino espiritual. En la *aranya*, por tanto, los arios experimentaban la violencia, así como la iluminación religiosa, y en esa etapa primigenia ambas facetas quedaban inextricablemente unidas. En lugar de esperar pacientemente y vaciar su mente y su corazón, como un *rishi*, el guerrero sabía que tendría que abrirse camino luchando hacia la visión y el conocimiento.

38. Rig Veda 9.10.6, traducido en Gonda, *Vision of the Vedic Poets*, pág. 17.

39. Heesterman, *Inner Conflict of Tradition*, págs. 118-124.